

18ª semana del tiempo ordinario. Miércoles: Mt 15, 21-28

Jesús había tenido una discusión con los fariseos. Éstos se encerraban en su religión de fórmulas y preceptos y no querían entender los mensajes de Jesús, que con gran misericordia quería la conversión de ellos hacia una religión de amor y de mayor interioridad. Ahora Jesús siente una necesidad de estar más a solas con sus discípulos para profundizar en sus enseñanzas y vivir más plenamente su amistad. Por eso se marcha al extranjero, al territorio de Tiro y Sidón, lo que hoy es Líbano.

Allí creía que iba a estar de incógnito; pero hasta allí había llegado la fama de sus milagros. Una mujer cananea se entera y sale a su encuentro con gritos de súplica, pidiendo por la salud de su hija. Los cananeos eran fenicios paganos, pero que vivían entre los israelitas. Por eso la mujer conoce las tradiciones israelitas y le llama: “Señor, hijo de David”. Con ello quizá quiso halagar a Jesús creyendo que así iba a conseguir mejor la curación de su hija. Es muy posible que la fe que tiene la mujer, que parece ser muy grande, en ese momento fuese bastante imperfecta, pues se parece a la que se puede tener ante un gran mago, como si lo que hiciera Jesús fuese algo de magia.

El hecho es que hay primeramente un silencio por parte de Jesús y luego un aparente rechazo. Ello a pesar de que los discípulos intervenían para que Jesús la atendiese. Seguramente que los discípulos lo que querían era verse libres de la molesta insistencia de las súplicas de aquella mujer. Y nuestra consideración aquí debe ser que esto nos pasa muchas veces en las oraciones. No comprendemos el silencio de Dios ante súplicas que nos parecen muy convenientes, algunas veces cuando acudimos en momentos de angustia, siendo verdad que El dijo: “Pedid y se os dará”.

El hecho es que sabemos que Dios es todopoderoso, y que por lo tanto escucha nuestras súplicas, y que siendo todo bondad, tiene que desear nuestro bien. Muchas veces hemos dicho, al hablar sobre la oración, que a veces no sabemos lo que pedimos, porque Dios conoce mejor lo que nos conviene. Pero hoy comentamos que muchas veces Dios quiere retrasar el dar sus gracias, porque nuestra fe es imperfecta y quiere que se perfeccione, lo cual ya es un gran bien para nosotros.

Jesús parece rechazar la petición de aquella mujer con una frase que nos parece muy extraña: “No está bien echar el pan de los hijos a los perros”. Es una frase tomada de la cultura popular de entonces, ya que los israelitas llamaban perros a los extranjeros. Muchas veces no es lo importante la frase externa, y mucho menos si se saca de contexto, sino la actitud interna al decirla: ¡Con qué **amor** lo diría Jesús, sin ningún desprecio, que aquella mujer, en vez de marcharse, acrecienta su confianza y como jugando con la frase, sigue poniendo en las manos de Jesús su petición.

Es lo que buscaba Jesús. Ahora aquella mujer no trata a Jesús como ningún mago, sino como alguien lleno de amor, en quien vale la pena confiar. Con esa humildad y entrega arranca de Jesús un grito de júbilo y admiración: “Mujer, grande es tu fe. Que se cumpla lo que tu deseas”. Esto es lo que Dios desea de nuestras oraciones: más que la petición en sí, lo que importa es la entrega en las manos de un Dios que nos quiere más que todo lo que podemos esperar. Y que si no nos concede exactamente lo que pedimos, sólo con el hecho de hablar con El en plena confianza y amor, hemos conseguido lo más importante: prepararnos para estar con El por toda la eternidad.

Dicen los entendidos que san Mateo veía una gran dificultad con los judíos que se convertían, al advertir el rechazo que algunos tenían con los paganos recién convertidos. Por eso insistió más en estas escenas en que Jesús manifiesta una gran predilección por algunos paganos que manifestaron una verdadera fe en Jesús. También manifiesta la verdad de que para Dios todos somos iguales como hijos. Lo que vale es la fe que pongamos para llegar a sentirnos hijos de Dios y todos hermanos en este caminar entre las alegrías y tristezas de esta vida.